



PREGUNTAS CON RESPUESTA "PARA AUMENTAR LA FE"

¿QUÉ DIFERENCIA HAY ENTRE CARIDAD CRISTIANA Y SOLIDARIDAD HUMANA?

Juan Pablo II ha considerado la creciente conciencia de solidaridad como un signo positivo del mundo contemporáneo. Hay que reconocer que la palabra solidaridad es empleada continuamente en los más variados y distintos discursos y desde conceptos e ideas dispares e incluso contrarios. Se utiliza como apoyo al desarrollo y como crítica al intervencionismo interesado, como ayuda y cooperación, como eslogan de campañas de promoción de algún proyecto, como discurso político, como pacto bilateral, como protección y amparo al débil, como prestación de un voluntariado temporal...

No hay por qué dudar de la mejor intención en la proclamación de la solidaridad como ejercicio de corresponsabilidad. A veces, sin embargo, el lenguaje altisonante de la solidaridad se reviste de unas proclamas que hacen pensar en resabios de paternalismo o el interés antirreligioso y sectario que anuncia el final de la caridad cristiana y del amor fraterno evangélico como camino para ayudar al restablecimiento de la justicia.

La solidaridad es una actitud personal y permanente que lleva a considerar al hombre como hermano y a ver los bienes de este mundo como un patrimonio común que compartir. Es apertura a la comprensión de los demás y disposición activa para la ayuda. Tiene como base el reconocimiento del principio de que todos los bienes de la creación, así como los que procedan del trabajo del hombre, están destinados al disfrute de todos. La solidaridad es un principio básico de la concepción cristiana de la organización social y política. Juan Pablo II ha hablado de la "caridad política" en aquellos que trabajan en la gestión de los intereses comunes, en el servicio a Dios a través de la política. La solidaridad es una virtud cristiana. Existen numerosos puntos de contacto entre ella y la caridad, que es símbolo distintivo de los discípulos de Cristo.

Compartir con los demás la ayuda material no es sólo un gesto solidario sino también expresión del amor fraterno que, como gracia y favor de Dios, se ha recibido. Es una forma de manifestar la gratitud de Dios, que ha dado bienes de este mundo y la gracia de tener el corazón abierto al amor de los demás. No hay que temer, en manera alguna, que el amor cristiano disminuya la fuerza incansable y el obligatorio trabajo a favor de la justicia. Más bien, la profundidad de la caridad fraterna el mejor y más consistente de los apoyos para buscar el reconocimiento de los derechos, la recuperación de la dignidad perdida o arrebatada, la rectitud de interacción en el servicio a los pobres y con los pobres.

La caridad no puede menos que hacerse visible en obras y palabras. En el signo distintivo del cristiano, aquel que orienta toda su vida en la palabra y el ejemplo de Jesucristo. La pobreza no entiende de discursos. La pobreza se vive y se sufre en personas concretas, en situaciones de carencia real, en la limitación de los recursos y servicios necesarios. Esa unión de cristiano con Cristo no es la de una simple imitación de los pensamientos y de los gestos sino una identificación completa que, gracias al misterio redentor de Cristo y por la acción del Espíritu, se hace vida y realidad en el hombre.

Para nosotros resultan inseparables la solidaridad y el amor fraterno. Si nos sentimos unidos a los demás, no es por una simple razón de pertenencia a una comunidad humana que debe cohabitar en el mismo mundo, sino por el imperativo del mandamiento nuevo del amor que ha de distinguir a los discípulos de Cristo. En este mandamiento del amor se encuentra el más rico y profundo manantial de la verdadera madurez espiritual, de los principios morales, de una verdadera cultura de la justicia y de la solidaridad. Porque el amor del mandamiento nuevo es encarnación viva del hombre, con su realidad personal y su historia, su situación, su dignidad herida y sus aspiraciones y derechos.

La caridad no es simple ayuda, sino la expresión del amor de Dios. En esto se manifiesta que hemos conocido a Dios y que hemos pasado de la muerte a la vida, en que amamos a los hermanos. El amor fraterno es la señal luminosa del amor de Dios. Si con Dios se vive, con su amor se ama y se sirve a los demás. En el manantial insondable del amor de Dios se alimenta el amor.